

TRABAJAR Y CONSTRUIR



José Gabriel Alemparte R.

Decano Facultad de Arquitectura y Diseño
UFT

En la esencia del trabajo humano, existe la voluntad de materializar en objetos concretos la energía vital de habitar en el mundo y dejar una huella de la existencia individual y colectiva. Así, toda actividad pensante y voluntad teórica o abstracta completa su ciclo en la acción y propende a la ejecución y concreción.

La arquitectura precisamente se complace en el acto de construir el ente imaginado, aunque el proyecto, como entelequia, ya está inoculado por una cadena de ideas dispersas o secuenciales, concatenadas o caóticas entre sí y desde ese inicio es depositario de un sinnúmero de partículas de arquitectura en estado puro o alterados, que deberán alinearse en un momento hacia un objetivo único, haciéndose proyectiva. Vale decir, que su representación debe superar la nomenclatura de planos y dibujos, para referirse a una realidad nueva, que se sitúa en otra dimensión, en un lugar o espacio determinado en el mundo real de todos. Éste es el verdadero estreno de una obra, cuando se hace objeto colectivo de trabajo mancomunado y es desde aquel momento inicial, cuando aparecen el reto y el sueño emprendedor, que activa: el ingenio, las técnicas, el capital y su retorno con ganancias, la persuasión social para legitimar la obra, el pragmatismo político de implementación, así incluso, la aceptación de una cierta violencia que ejerce cualquier obra sobre el lugar. También, a causa de esta acción, surge la ansiedad perturbadora de las faenas y la contraparte, ya evidente, en la era de la hiper-urbanización que vivimos: el malestar y la crispación ciudadana por el fenómeno de saturación y densificación deshumanizante de gran parte de las ciudades.

Este impulso casi natural del ser como un constructor, rasgo común de los mortales, fue expuesto en su sentido más profundamente ontológico por Martin Heidegger en la primera

lectura en 1951, de su texto el que cristalizó en el libro posterior: *Construir, Habitar y Pensar*, donde propone el construir y el habitar estrechamente unido al ser, en el sentido que la experiencia humana deviene del habitar, con los pies en la tierra y necesariamente bajo la esfera (domus) del cielo.

Ser humano significa, para Heidegger, estar en la tierra como un mortal y aquello significa habitar. Consecuentemente, la naturaleza propia del habitar es ser. Para Heidegger, final y escuetamente, la poesía es aquello que brinda al hombre un sentido ontológico del mundo, haciendo que él pertenezca a la tierra y dándole el sentido de habitarla.

Se podría desprender de lo señalado que el trabajo del arquitecto sería, en cierto modo, como un delegado designado por la sociedad y aventajado por ciertos conocimientos y habilidades ante los hombres pero no solamente privativo a éste, ya que la propensión a construir es connatural al sentido de lo humano. La gran diferencia del arquitecto con el resto de las profesiones y oficios, es que tuviera necesariamente la particular condición de concretar —o aspirar al menos—, de construir poéticamente el mundo. Este sentido de lo poético vendría a ser lo propiamente arquitectónico del construir, aunque pudiese existir también, en lo habitual y ordinario, en lo vernacular y popular o, simplemente, en lo azaroso de la realidad física construida en forma aleatoria por el caos y también por la fealdad.

Caben, sin duda, dentro de esta última categoría, el enorme repertorio de arquitecturas sin arquitectos, que dieron lugar, contundente y masivamente, a la construcción de las más bellísimas ciudades y pueblos medievales en Europa, cercano Oriente y las civilizaciones del extremo Oriente de Asia, África al norte del Sahara y en Hispanoamérica mestiza, donde la llamada arquitectura culta o al menos a cargo de un oficiante mayor, es definitivamente minoritaria.

No deben quedar fuera de esta condición poética del construir, aquellas ingenuas y frágiles edificaciones derivadas de la precariedad y de la improvisación que, ante la falta de medios, satisfacen escuetamente los actos propios del habitar, con cierta dosis de ingenio y candor, y que son privados desde su inicio de toda pretensión de duración y permanencia en el tiempo. Así, lo efímero por sí mismo, alcanza también un cierto resplandor poético.

Si afinamos el ojo para ver estos diminutos episodios, encontraremos en las localidades campestres y remotas, más que en las ciudades, un sinnúmero de partículas esenciales de bellísima arquitectura. Por ejemplo, pequeños cobertizos magníficos, molinos de viento o de agua notables, puentes colgantes o apoyados,

que satisfacen con el mínimo material su desafío estructural de alcanzar ambas orillas, o una verja que se teje tupidamente con cañas, mimbres o esteras, como también la infinita riqueza de la mampostería de los muros y pircas de piedra o albañilería adecuado al material disponible en el lugar.

Este microcosmos esquivo a la mirada, de construcciones modestas casi insignificantes, posee, en su prosecución, todo el fervor y el afecto del ser, en su condición privilegiada de construir y habitar el mundo y son, sin duda, las más amenazadas por la devoradora modernización.

Más ampliamente, tampoco nos podemos desentender de la glotonería y depredación globalizada en el estado actual de la civilización humana, donde sucumben las grandes ciudades en el territorio de lo fallido. Aquello que no quedó al alcance de cualquier concepto de orden, diseño o planificación y que se encuentra gobernado por el caos y la fealdad campante, aquello que Rafael Moneo alude en su ensayo *Contra la indiferencia como norma (Anyway)*, donde casi todo lo que se construye hoy, por las condiciones sociales y económicas imperantes, ha podido llegar a un orden de cosas tal que “pueden ser de cualquier manera”.

En el centro de estas concentraciones humanas, en enjambres laberínticos de calles malolientes y abandonadas por la desidia y la indiferencia, cuando ya la mirada se siente acostumbrada y adormecida ante el deterioro y la muerte del espacio público, tampoco ha sido un obstáculo para que surjan ocasionalmente verdaderas epifanías estéticas propias del infierno del Dante, según lo señala Umberto Eco en su libro recientemente publicado, *Historia de la fealdad*, donde lo feo puede alcanzar una categoría artística.

Podría ser discutible para algunos que, en tales espacios urbanos ultrajados y lacerados por el abandono, se pudiera asomar un atisbo poético, pero aún así, degradados al máximo, en éstos se puede encontrar un potencial y un soplo de vida infinitamente mayor, que en aquéllos surgidos desde la planificación urbana de laboratorio, tantas veces probadas y que, en su última versión, pretenden extender el modelo del New Urbanism norteamericano del suburbio residencial con gusto a edulcorante, que se muestra con gran ironía en el filme *The Truman Show* y que ya se ha instalado como imagen idílica y universal del buen vivir en la cultura de masas, desde la eficiente carga publicitaria del consumo en todas las ciudades en desarrollo en el mundo y también en Chile.

Un estado de ánimo de desencanto creciente respecto de los efectos de la postmodernidad, que se instala en el magma de la

ciudad mutante y siempre sin terminar, no permite observar el potencial creativo de las fisuras de la cultura, de los espacios clausurados por ciertas elites que quieren ver arte, y en este caso arquitectura, en las salas de los museos, y sólo desde los cánones más académicos. A veces, ciegos a la frescura de los nuevos acontecimientos sociales, los cuales se manifiestan en nuevas expresiones plásticas o estéticas, que probablemente alcanzarán en un futuro no muy lejano categoría de históricos, como fueron en el pasado las disrupciones más vanguardistas y menos convencionales.

A modo de ejemplo, puedo recordar con toda nitidez la imagen que conservo de una calle comercial en Tokio, plagada de letreros luminosos verticales, de luz fluorescente de múltiples colores y leyendas incomprensibles cuyo relón de fondo era un cielo de luz violácea del crepúsculo. Una perspectiva infinita y fosforescente y acompasada por el trajín incesante de la calle atestada de peatones. Sin duda alguna, la escena estaba repleta de un alucinante surrealismo, inédita y colmada de fulgurante magia. Era un fenómeno plástico nuevo, al menos para mí. Sólo desde esta óptica, se pueden entender algunas de las arquitecturas japonesas contemporáneas y su afección por la inmaterialidad. Pienso en el caso de Toyo Ito o Kazumo Sejima o bien la cinematografía contemporánea de Sofia Coppola en *Lost in Tokio*, donde capturan imágenes de gran sugerencia estética.

Retomando el tema del descuido como hecho construido y materializado, -contra- cara del trabajo gozoso en la creación poética del mundo, en la concepción de Heidegger, existe la pulsión y el fragor vital del quehacer humano, con sus luces y miserias, como sucede en las emergentes megalópolis en Occidente y, ahora, con mayor desenfreno en Oriente. Superpobladas, entre esplendor y el ocaso por su descuido al extremo, con sus cables aéreos que cubren casi completamente el cielo y donde se extiende el desaliño carente de todo pudor, y en determinadas experiencias personales, desde el contrapunto más estremecedor, en una segunda mirada más compleja e indulgente pueden provocar, también, una belleza y poesía inverosímil y de ahí proviene su atractivo.

La obra humana nos asombra desde el origen de las primeras civilizaciones: por el trabajo, por ese impulso colectivo a construir (y también a destruir) compulsivamente con pasión, grandilocuencia y en ocasiones con obstinada locura; por la energía empleada en el emprendimiento y transformada en grandes cantidades de materia y masa o de extensiones gigantes; por el misterio de la precisión milimétrica de sus técnicas, en el ajuste de las piedras y acabados; por esa voluntad de ser leída desde el cielo únicamente, sin mediar otros ojos que no sean los de los dioses y no los humanos; por la desmesura sin propósitos pecuniarios o domésticos; o por la ausencia

total del sentido del lucro. También, por su relación precisa y exacta con el cosmos y las coordenadas celestiales y el tiempo; por el control de los elementos, el viento y el manejo del agua, como alternativa habitable a la tierra cuando ésta falta; por la fuerza del misticismo religioso que catapulta las cúspides al cielo, o por la ambición de poder, que requiere ser refrendado desde la monumentalidad de los edificios. Se presenta simultáneamente, por el afecto de plasmar en un material, un detalle muy menor reducido a una partícula en el concierto de todo un templo y que anónima y humildemente refleja todo el universo de cada individuo que lo ejecutó; por la disciplina forzada o no del trabajo colectivo; por el esfuerzo físico del cuerpo sin el alivio tecnológico actual; por aquel sentido del tiempo y la eternidad que excede largamente la vida de un hombre en particular. Detrás de estas obras colosales, el trabajo humano busca trascender, desmarcarse de su condición terrenal asolada por la idea de la muerte y hacerse también destinatario de una cierta inmortalidad.

Quiero enfatizar que también habita la poesía en el trabajo cotidiano, en la arquitectura que surge del saber milenario y popular y que se adapta a las condiciones particulares de un lugar, de una geografía, de un clima, en cuanto a sus usos y materiales. Igualmente, se encuentra en la artesanía de los utensilios domésticos, en el vestuario como expresión cultural del cuerpo y en la ornamentación en todos sus ámbitos. En las tradiciones orales y prácticas, que transmiten saberes que se pierden en tiempos remotos, como en el cultivo de la tierra, la preparación de los alimentos, en el cuidado de los hijos y compensatoriamente al trabajo, en el descanso y la diversión y el goce espiritual de la puesta en escena de los rituales que fragmentan el paso del tiempo.

En este sentido, la adaptación al medio es la otra cara del habitar y, llegar a construir esta adaptación, es un tipo de trabajo, que inversamente al descrito en clave de esfuerzo sobrehumano, propone un despliegue energético inferior, confrontando la naturaleza y el medio con el menor voluntarismo posible y poniendo toda su fuerza a nuestro favor. Es aquí donde radica la sabiduría de la arquitectura espontánea y popular y, se podría inferir, que es un sabio camino, el cual habría que considerar para el futuro de la arquitectura, cuando el agotamiento de los recursos y la energía sea la preocupación fundamental del futuro de la humanidad.

Por ahora, parece pertinente dejar hasta allí, y fuera del texto, aquella obra humana construida que mayoritariamente no pertenece al ámbito de la arquitectura y que corresponde a una constelación gigantesca de todo lo edificado y que no cae en el territorio de esta disciplina. Conste que, esta última, representa una proporción menor de todo lo construido; tanto

es así, que se estima que la intervención de lo edificado a nivel mundial, con participación de un servicio formal de la arquitectura, no supera un tercio de la producción y, finalmente, un número muy inferior llega a calificar como obras con algún interés arquitectónico.

Así, es oportuno separar aguas y dejar que los acontecimientos descritos bajo el prisma de arquitectura vernacular o popular, o arquitecturas de lo efímero y frágil o, también, aquellas que surgen en el plano de lo fallido, aquello que “puede ser de cualquier manera”, más allá de su pintoresquismo o condición estética indudable, debiera corresponder a un tipo de experiencia colateral a la arquitectura en cuanto a disciplina. Sin duda alguna, se trata de un material imprescindible para el arte en general, como al cine, a la literatura y la poesía, como la expresión más genuina del ser que expande su conciencia de habitar y construir su mundo, indisoluble a la condición humana.

Hay en la actualidad síntomas suficientes de que estamos asistiendo a un momento de la historia de la humanidad, donde se ha instalado un grave desequilibrio en la compulsión por construir incesantemente; como la extensión natural del trabajo humano y no solamente en la edificación relativa a la arquitectura sino que, también, extensible a las obras civiles, industriales y de todo índole. Tal incertidumbre latente y visible, llevan a cuestionarse y, al menos, revisar el paradigma de la modernidad en su fase actual, post capitalista. Fase aceptada ya casi sin cortapisas y universalmente, independiente de toda connotación ideológica; impulsado desde un persistente voluntarismo prometeico de la humanidad que asume como dato inmutable, las condiciones como son: el crecimiento económico y el modelo desarrollista al infinito, y por qué no, en nombre de la libertad obtenida a sangre y fuego durante el siglo XX, que proclama al individuo y sus deseos personales en cuanto consumidor, más que en ciudadano con derechos y deberes públicos, respecto de nuestro mundo habitable, que por definición es finito.

Tal frenesí de especulación inmobiliaria y de incontinencia constructora, ha uniformado en muchas ocasiones las condiciones del habitar y, a partir de la globalización, ha desatendido las particularidades locales y su riqueza cultural ancestral. Así, también, ha desatendido las cualidades medioambientales, cuando ya se han arrasado los paisajes naturales, que antes convivían en armonía con el mundo artificial, creado por el hombre. Más gravemente aún, el hombre ha quedado casi reducido únicamente a su condición de consumidor; sujeto de encuestas de clasificación social de acuerdo a ingresos; individuo promedio y anónimo; familia estándar, mientras la

sociedad muestra una realidad inversa: variopinta y multicultural, diversa respecto de las estructuras familiares tradicionales, donde cada individuo encuentra una identificación o un ethos, en una colectividad mayor, asociada a modos de vida completamente diferentes entre sí y cuyas aspiraciones de realización vital requieren ser reconocidas en la ciudad. Sin embargo, la industria inmobiliaria, fuertemente asentada en el preponderante rol de las ciencias económicas y los conceptos de un marketing aspiracional, donde predomina la variable cuantitativa, por sobre las cualitativas, viene creciendo y flagrantemente desconociendo los anhelos reales del hombre y la sociedad, traducéndose aquello en un creciente malestar. Porque la vida, como experiencia de habitar, no es encasillable a un hombre promedio, medido y escrutado en cuanto a *homo economicus* solamente, al cual se le ofrecen vidas ilusorias a través de la publicidad, basado en estereotipados modelos de una felicidad falsificada, cuya ilusión se rompe y se estrella con la realidad construida, cuando la compra de su casa –“el producto”– queda finiquitada.

Si solamente atendemos a las variables económicas, el mercado es tremendamente pobre en oferta y conservador a la vez, pues es incapaz de dar respuesta a las innumerables demandas que se originan en la riqueza y multiplicidad de vidas humanas diversas e infinitas. En ese sentido, como lo dijo alguna vez, con sarcasmo y humor, el gran arquitecto español Francisco Javier Sáenz de Oiza, al afirmar que la industria automotriz ofrece una mayor variedad de alternativas al usuario que modelos de viviendas y departamentos para tipos de vida diferentes.

Actualmente, existe una gran deuda de la industria inmobiliaria con la sociedad en esta materia y en ocasiones se percibe tan amenazante, que la comunidad reacciona y la estigmatiza por su voracidad y capacidad de depredación urbana. Así, se hace cada vez más frecuente la aparición de grupos más radicalizados, similares a los ambientalistas, pero que, en este caso, estarían enfervorizados contra toda construcción, sea ésta especulativa o un real aporte arquitectónico a la ciudad. En este sentido, una sociedad democrática debiera encontrar los caminos de participación ciudadana efectiva, que compatibilicen los intereses de sus gentes con la razón técnica-profesional y que se plasmen más allá de normativas y leyes de urbanismo y que pueda alcanzar fundamentalmente, concretar y consensuar una forma de ciudad imaginada y precisa.

Las preguntas que surgen aquí en Chile, y en todas partes, es si lo que se construye en general, y como promedio, encuentra una respuesta favorable en la ciudadanía y los actores sociales, más allá de las conveniencias económicas que pudieran representar, tanto para las empresas y los usuarios que com-

pran a un valor conveniente. ¿Son las respuestas del mercado inmobiliario satisfactorias y asimilables a otros objetos de uso cotidiano, en virtud que durarán muchos más años que los productos comerciales desechables? ¿Existe alguna conciencia del factor cultural, social y ecológico que implica la configuración del espacio construido de parte de los actores relevantes como son: el estado, empresarios, políticos, legisladores, alcaldes, ingenieros, constructores y arquitectos? ¿Será presentable, para el futuro, que la construcción tan sólo por su utilización de mano de obra e insumos sea en gran parte el motor de la economía, y no se le pidan estándares de calidad en lo arquitectónico y urbanístico, ya de sobra establecidos por las buenas prácticas, de acuerdo a cada realidad económica, donde no siempre lo más caro es lo mejor?

Es evidente que existe una gran disfunción, cuando el acto de construir se quiere transformar en tan sólo una actividad económica y desconoce su condición de encantar la vida y hacer que el esplendor de ésta encuentre un marco propicio al desarrollo humano y la cultura, siendo, a la vez, capaz de valorar el pasado y transitar al futuro en continuidad con la historia y la sustentabilidad del planeta. La negación de tal conflicto, en concomitancia con un supuesto beneficio de corto plazo, sólo considerando parámetros económicos, sin tomar en cuenta coordenadas globales del problema como son: la crisis de la energía, el calentamiento global, el daño al ecosistema y las catástrofes climáticas que diezman poblaciones completas a un alto costo social y económico (recordar Katerina), acudiendo únicamente a la estrategia de estigmatizar tales contenidos como supuestos catastrofistas, no probados científicamente, y concebidos por mentes antisistémicas o como temas tan sólo para debates académicos o simplemente utopías. Ya no resultan verosímiles un supuesto y único modelo de desarrollo y no contemplando para el desarrollo humano también variables de retorno económico. Exponer el dilema en blanco y negro, bajo el argumento que las variables cualitativas sólo atentarian contra el desarrollo económico, resulta un menoscabo a la inteligencia humana, en el estado actual de la evolución cultural y tecnológica, cuando ya resultan ser una amenaza real y la industria de la construcción tiene que hacerse cargo definitiva y responsablemente.

Por decir lo menos, resulta paradójal que la anunciada crisis económica mundial que se inicia el año 2007 en Estados Unidos y que amenaza la estabilidad financiera de muchas naciones, tenga su origen en la “burbuja inmobiliaria” o la llamada crisis subprime, donde la especulación inmobiliaria elevó los valores artificialmente de las viviendas por sobre los costos de la construcción y el valor del suelo. Tanto así, que ya los compradores no pueden pagar sus créditos, arrastrando el tema

a los bancos, que se hacen de activos que nunca costaron, y probablemente nunca costarán, la suma en que se vendieron en la primera venta.

Una voz de alerta ha aparecido en España, con consecuencias graves de imaginar para el noble oficio de construir. Máxime cuando, en ese país, se muestra una arquitectura de gran calidad en el concierto europeo y todo el mundo aplaude el gran momento y el vigor y el prestigio social alcanzado por la arquitectura, con edificios públicos y privados de gran calidad que se inauguran uno tras otro, y donde las autoridades regionales, en todas las ciudades y poblados, han privilegiado una política activa que apoya la implementación de espacios públicos urbanos con excelente diseño, para alentar a la sociedad a apreciar las bondades que trae consigo el pensar en el bien común. Mientras tanto, y en la dirección opuesta y con gran escándalo en la Costa del Sol, en Marbella más precisamente, autoridades municipales, desarrolladores inmobiliarios y arquitectos inescrupulosos, caen en prisión por acusaciones de corrupción relacionadas con especulación inmobiliaria que llega a los límites del delito. La verdad es que la noticia ya no sorprende cuando se aprecia la devastación ejercida por un rubro inmobiliario voraz sobre la costa del Mediterráneo en Andalucía, con imágenes casi de pornografía urbana.

Lo anterior habla de una distorsión grave en el sentido que, aunque corresponda a la lógica económica de la oferta y la demanda, rige para todos los bienes de consumo; tiene un alcance diferente, cuando de por medio está el porvenir de las ciudades y el territorio en general, además del bien común. Al tratarse de bienes inmuebles de larga duración e impacto social, la responsabilidad de la industria debe incorporar factores cualitativos equilibradamente con los cuantitativos.

No es de gran trascendencia, por ejemplo, que un electrodoméstico o un automóvil que está hecho para durar cinco años o un poco más, no tenga gran calidad. El comprador lo podrá desechar, cambiará de marca y terminará en un botadero y se reciclará en todo lo que sea posible. En la industria de la construcción, en cambio, los efectos posteriores de la lógica del mercado asimilada al consumo únicamente, producen un daño muchísimo mayor. Incluso, devastadores y prácticamente irreparables y afectan a los usuarios como también a aquellos que hicieron las utilidades del negocio, en cuanto a su condición de ciudadanos. En este aspecto, sería importante que desde las ciencias económicas se evalúen, de una vez y en serio, los daños y sus costos asociados a una mala gestión urbana, que involucra a los estados y a los particulares. Tales impactos, llevados a resultados económicos (que se les llama eufemísticamente “externalidades” en jerga económica, lo cual

indica lo ajeno o externo, que les resulta a aquéllos que adhieren únicamente a esta visión, como si sus efectos se produjeran en otro planeta que no es el de ellos), nos revelarían el enorme dispendio de suelo, la depredación de los paisajes naturales, la desvalorización de paños completos de ciudad, ineficiencias energéticas descomunales, el empobrecimiento de las fuentes permanentes de recursos naturales, la pérdida de infinitas horas en transportarse de un lugar a otro, los costos de salud de la población asociados a una mala calidad de vida y, finalmente, ante tanto pragmatismo, surge con pudor y algo de timidez, como si estuviera fuera de lugar, la pregunta por la vida, la realización personal, la trascendencia de valores permanentes y la felicidad de la humanidad:

¿No sería ya oportuno e indispensable cuantificar todo aquel daño asociado y llevarlo a las planillas de Excel en que se evalúan los proyectos?

Si se observa el fenómeno desde otro punto de vista y en sentido opuesto, y las llamadas “externalidades”, en vez de ser los costos del progreso, como suele entenderse a los efectos secundarios negativos no considerados, se “sensibiliza” aquellas consideraciones del entorno como son: los elementos patrimoniales, el paisaje, la geografía, el clima, las vistas, la vegetación, la cultura local, los espacios públicos, la arquitectura y las costumbres de los habitantes. Tan sólo efectuando esta inversión de los propósitos, las llamadas “externalidades”, ahora en su condición positiva, serán sin duda alguna fuente de riqueza permanente y, en el más estricto concepto económico, rentables.

Aquello lo saben de sobra los países desarrollados y otros emergentes que cuentan con entornos de calidad, donde el turismo y los servicios de todas las actividades anexas, se encargan de devolver en ingresos lo que, supuestamente, se obtendría por especulación inmobiliaria. Buenos Aires, como ciudad, sigue siendo un buen ejemplo de este equilibrio en Latinoamérica.

Tampoco es una excusa el hecho que no contemos con un patrimonio arquitectónico como lo puede tener Europa, el cual es una herencia a cuidar y respetar por la nueva edificación, como si las mismas premisas no fueran aplicables al patrimonio natural, que en nuestro país es maravilloso y abundante. Que estemos haciendo un mundo nuevo, sin el peso de una historia milenaria, no lo justifica y es sinónimo de ramplonería, improvisación, falta de imaginación o audacia. Más todavía demuestra que nuestros sentidos están tan embotados y carentes de toda capacidad de asombro y capacidad de pedir y reconocer una buena vida para nuestras ciudades.

Singapur, Sidney, Chicago, Rotterdam y Berlín, todas ciudades relativamente nuevas, son algunos casos emblemáticos de

que la arquitectura y el urbanismo contemporáneo son aún instrumentos eficaces y que, desde la modernidad y con un pasado más tenue, logran una ecuación más equilibrada entre la nueva economía competitiva y globalizada y el bienestar de la población.

Depredar, construyendo con descuido y sin conciencia del bien común, en beneficio del retorno inmediato, es un mal negocio por donde se le mire y para todos por igual. Las inversiones se deprecian rápidamente, todos pierden y llega la decadencia y el deterioro. Si no hubiere acuerdo sobre lo precedente, hagamos un recorrido por nuestra costa. ¿Por ejemplo, cuántos balnearios han sido devastados por murallas edificadas frente al mar con toda impudicia e indolencia? ¿Quién se hace responsable de tal desastre mayor? Todo ocurre bajo el amparo único del derecho consagrado constitucional y democráticamente, en que se debe asegurar, ante todo, el deseo individual y la supuesta libertad de elegir, permitiendo el acceso abierto e indiscriminado a los bienes de consumo, tan sólo por la existencia de una demanda de éstos. Tal tipo de pensamiento no es válido o es discutible, al menos, cuando actuamos sobre el hábitat de todos.

Un estado de crítica permanente entre bandos irreconciliables y sin cuartel -léase inmobiliarias discrepando con los arquitectos mutuamente o inmobiliarias y comunidad-, que no concilien ambas visiones entre lo cuantitativo y cualitativo, es una caricatura de la realidad, máxime cuando se identifica el factor cuantitativo asociado a un mayor costo o al lujo de países ricos, lo cual es una falacia, debido a que la calidad espacial de un lugar no necesariamente guarda directa relación con su costo, sino más bien con propiedades más intangibles, como son, por ejemplo: luz y sombra, la proporción de las partes y el todo de una obra, la elección de los colores, el paisajismo, la disposición adecuada de los recintos, la orientaciones y, por qué no, el buen gusto. En definitiva, “que no sea de cualquier manera” o, simplemente, modelos adquiridos o en préstamo de estereotipos muy convencionales y conservadores, que no se cuestionan y se aceptan a “rajatabla”, que se validan sólo por que se venden, lo cual es en sí mismo un argumento miope. Cuando el público no conoce otras alternativas, difícilmente estará en condiciones de innovar en sus preferencias y gustos.

La industria inmobiliaria, ahora referida a nuestro país, debe dar un salto en innovación que no sea comprendido desde lo tecnológico únicamente, asociado a técnicas constructivas y rendimiento en las faenas, o a la simple ecuación de precio versus calidad. Debe intentar erradicar el concepto ya enquistado en muchos actores, en el cual la arquitectura y el trabajo del arquitecto es un *commoditie* necesario y obligado, donde

las ideas que de ellos provengan se crean solamente un estorbo a las pragmáticas jerarquías de la lógica del negocio, planteadas para atender las “veleidades artísticas” de tan “exquisitos” profesionales. Donde los arquitectos tienden a encarecer los proyectos por capricho o bajo argumentos ausentes de pragmatismo.

Tampoco es imputable exclusivamente al negocio inmobiliario y sus agentes un voluntarismo *per se* en favor únicamente del lucro y que deba ser éste estigmatizado bajo una visión maniquea, como si hubiera una abierta confrontación entre el mercado y los ideales de la sociedad, cuando la adhesión al capitalismo es global, y aun en los regímenes que todavía se llaman socialistas. Es innegable que el libre mercado ha permeado todas las esferas de la vida actual y crea condiciones de elección amplias entre alternativas que efectivamente mejoran las condiciones del habitar y, por lo tanto, el mercado inmobiliario no puede sustraerse a este fenómeno, donde el factor económico es un tema de la mayor relevancia en la construcción. Se trata, entonces, de hacer efectiva una oferta de espacios que reconozcan la multiplicidad de la vida y no la constriñan a unos pocos modelos excesivamente probados.

Pero, también, las mismas condiciones creadas por una sociedad postcapitalista y postmoderna, que privilegia la velocidad de las comunicaciones en función del vector **tiempo** y donde la rapidez ha llegado a su límite natural, por sobre el valor del vector **espacio**, correlativamente va produciendo una desvaloración creciente y degrada los espacios, entendido como la plataforma de comunicación social que fue en el pasado. Es decir, a mayor avance en la virtualidad y velocidad de las comunicaciones y siguiendo en esa lógica, finalizaría en la anulación del espacio público, que llegaría a ser una entidad vacía, ya que la comunicación estaría en otra parte.

Un hombre con todas sus prótesis tecnológicas habilitadas e instantáneas, podría llegar a no requerir de ninguna calle y ninguna ciudad y esto ya no es futuro y ficción, si no el más puro presente. Este fenómeno, inquietante al menos, nos demanda repensar el espacio en un escenario nuevo para el pensamiento arquitectónico, en cuanto a restaurar la vigencia de la experiencia de lugar y en tiempo real.

Entender los amplios beneficios que aporta la arquitectura como disciplina a la actividad de la construcción, es deber de toda sociedad que se diga culta y desarrollada y por mucho que cambien o muten las demandas hacia nuevos paradigmas, sean éstos económicos, sociales o de sustentabilidad ambiental, el arquitecto y su formación siempre entregará una mirada excéntrica, entendida como desapegada de los ejes estrictos

de la racionalidad pragmática, que a veces tanto se equivoca o carece de intuición, como otra forma de conocimiento válida, y que emana de otro hemisferio y el cual completa una visión más holística del mundo.

Visto así, el trabajo de la construcción entendido como “industria humana” y remedando el título de un programa de televisión de la National Geographic, esta hermosa tarea de levantar obras para los hombres debe ser el *leitmotiv* de todos cuantos intervengan en la construcción del mundo y apoyados en el tercer verbo de la tríada de Heidegger: *Construir, Habitar y Pensar*, que invita a estar disponibles siempre a pensar y recrear los modos de habitar y construir.